

EL COSTE INTANGIBLE

Víctor Gutiérrez Pulido.

linealcero@gmail.com

Víctor Gutiérrez Pulido es Técnico Superior en Comercio Exterior por el ICEX. Nacido en Cáceres en 1975, desde una temprana etapa en su educación secundaria se mostró muy orientado hacia el mundo de la sociología, incluida dentro de la materia y carga lectiva de Filosofía, en el bachillerato. Aunque fuertemente vinculado a esta disciplina, desde el año 2001 vuelca todos sus esfuerzos profesionales en el mundo de la distribución comercial, la comunicación de marketing y la logística indoor. Ha desempeñado cometidos profesionales de diverso grado relacionados con este conjunto de áreas para compañías como, "Würth Nerderland, B.V.", "FedEx, A.O.", "Ministerio Español de la Defensa", "Grupo Metro A.G.", "E. Leclerc España" y "Amazon Logistic, GmbH". Anteriormente, y ya dentro de un ámbito institucional fue miembro de la Junta Directiva de la "Asociación de Sociólogos y Politólogos de Extremadura (A.S.y.P.E.)", en calidad de miembro-estudiante, con la que colaboró en varios proyectos de investigación sociológica de carácter local y regional cabiendo resaltar "Estudio sociolaboral sobre los recursos endógenos y yacimientos de empleo de la Ciudad de Cáceres". Ha asistido a congresos de carácter tanto sociológico como profesional como ponente y publicado varios artículos en cabeceras regionales relacionados con el desarrollo de Extremadura destacando, quizás por su repercusión, "Turismo de interior: ordenación sectorial e infraestructuras". Dirige, y en mayor medida lleva a cabo, la *weblog* sobre sociología del producto y el comercio "LinealCero".

RESUMEN: *Las grandes metrópolis así como las grandes regiones industriales europeas o globales implican para sus ciudadanos un menor poder adquisitivo real de su renta y de optimización de tiempo empleado por tarea con respecto a zonas vecinas con las que comparte un ecosistema cultural y económico; pero al mismo tiempo una mayor concentración de ventanas de oportunidad y de futuro personal y familiar con respecto a estas últimas. Pero los beneficios de habitar en una gran metrópoli no logra explicar todo el fenómeno urbano. La decisión de residir o no en ellas y ellos, las grandes ciudades y sus hinterlands, vienen motivadas además por la asunción inconsciente por parte de sus residentes de que en el conjunto de su masa social crítica persisten intangibles de valor añadido ajenos al resto de los espacios tales como los aportados por el enriquecimiento por contacto con un entorno aventajado o su innovación. La orientación al entorno urbano lo es por los intangibles y percepciones simbólicas que presentan frente a otros enclaves de menor atractivo poblacional. Recientemente, no obstante, los estudios sociológicos llevados*

a cabo en áreas de naturaleza predominantemente agropecuaria están reivindicando que el carácter de "entorno enriquecido" no se circunscribe únicamente al ámbito de las grandes ciudades, sacando a la luz del conocimiento los valores igualmente intangibles, simbolizados y no perceptibles que atesora la singularidad ecosistémica de las áreas poblacionales de menor densidad y sus hábitats rurales. Ambas aproximaciones a la complejidad ecosistémica humana encofrán en su contemplación el valor del capital social así como de las redes sociales que los sustentan y lo canalizan. Y para ambas encierran un coste intangible de oportunidad el resultado de orientarse a unos valores residenciales en detrimentos de otros.

ABSTRACT: *Large cities as well as major European industrial regions or global mean for its citizens a lower power purchasing real income and optimization of time spent by task with regard to neighboring areas with which it shares a cultural and economic ecosystem, but at the same time a higher concentration of windows of opportunity and future personal and family with regard to the latter. But the benefits of living in a great metropolis fails to explain all of the urban phenomenon. The decision to reside or not in them and they, big cities and their hinterlands, come also motivated by the assumption of the unconscious by residents that throughout its mass social criticism persist "intangibles" added value alien to the rest of the spaces such as the supplied by enrichment by contact with an outstanding environment or its innovation. The orientation to the urban environment is the intangible and symbolic perceptions that are facing other enclaves of population attractive retail. Recently the sociological studies carried out in areas of predominantly agricultural nature are claiming that the character of "enriched environment" is not only confined to the field of big cities, bringing to light the knowledge the values equally intangible, symbolised and not perceptible to treasure the unique ecosystem of the lower density population areas and its rural habitats. Both approaches to the human ecosystem have maded to encofrán the value of social capital and social networks that sustain them, and channeled it in its contemplation. And for both they enclose an intangible opportunity costs the result of target values in other detriments.*

PALABRAS CLAVES: *enriquecimiento del entorno, movimiento cognoscitivo, percepciones simbólicas del medio, capital social, redes sociales, coste social de oportunidad, coste intangible, movilidad sociodemográfica inversa, dependencia del entorno.*

KEYWORDS: *enrichment of the environment, cognitive movement, ecosystem symbolic perceptions, social capital, social networks, social opportunity cost, intangible cost, reverse demographic mobility, dependence of the habitat.*

El coste intangible.

1.- El enriquecimiento del entorno.

Se sabe que el dólar no posee el mismo valor en Nueva York que en cualquier otro lugar del mundo según el cual se emplee como medio de cambio. En la ciudad de los rascacielos la unidad monetaria norteamericana está simplemente devaluada. Para que nos entendamos: millones de neoyorquinos tienen que trabajar más para poder acceder a los mismos recursos de mercado o de consumo, al margen de su calidad, que cualquier otro residente en territorio USA. Al menos eso es lo que asegura **Daniel Gross**¹⁴⁵ tras estudiar los diferentes parámetros de coste-valor en la *Gran Manzana* en comparación con otras ciudades estadounidenses. Basado en el aún poco conocido "Índice VNYD" (*Value of New York Dollar Index*), algo así como una especie de "Índice Big Mac"¹⁴⁶ monetario local, Gross determina que algunos costes a ambos lados del Río Hudson se elevan por encima de su media nacional. Efectivamente, los precios reflejados por el mercado inmobiliario de esta celuloide urbe son, sin duda, superiores respecto a otras ciudades americanas donde el salario medio real es idéntico o similar. Y la cesta de la compra, el transporte o los impuestos municipales, no le van a la zaga: para más pesar, resultan para el *newyorker* los más elevados de todo el nuevo continente. Para hacernos una idea numérica de todo ello, Gross cotiza el *dólar neoyorkino* a un valor real de poder de adquisición que equivaldría a unos sesenta y un centavos

¹⁴⁵ **Daniel Gross**, nacido estadounidense en 1967 en una localidad de Michigan, es uno de los más activos periodistas dedicados a divulgar sobre asuntos económicos y financieros. Se doctoró en Historia Económica Contemporánea de los EE.UU., en *Harvard University* en 1992. Antes de incorporarse como columnista en el "*New York Times*" como analista de indicadores bursátiles, colaboró con las cabeceras más prestigiosas de relacionadas con su ámbito de prensa tales como "*Wired*" y "*Fortune*". En 2012 tomó las riendas como editor del "*Daily Beast*". Anteriormente fue redactor-jefe de la revista "*Newsweek*", y entre 2010 y 2012 dirigió la sección financiera del portal virtual genérico "*Yahoo!*". Mientras tanto, Gross se consagró en sacar adelante la publicación "*Stern Business*", una publicación académica de carácter semestral sobre economía y finanzas publicado por la *New York University School of Business*. En España sólo tiene editada una de sus obras en lengua castellana: "*Historias de Forbes*".

¹⁴⁶ El "**Big Mac Index**" (o Índice "*Big Mac*", en español) es un índice informal de economía publicado semestralmente por la revista "*The Economist*" a partir de parámetros de costes de venta al público de menú y producto franquicia de restauración "McDonalds Co." al objeto de comparar el poder adquisitivo de diferentes países o economías nacionales en las cuales se venda el conocido menú "*Big Mac*" de "McDonald's". Los componentes del menú, el peso y número de componentes nutricionales preestablecidos de cada uno de ellos así como el tamaño de sus ingredientes y el *packaging* son universales, no admite diferencias locales por parte de la compañía. Como consecuencia la única disparidad que existe realmente en un menú "*Big Mac*" son los imponderables relativos a los costes locales de transporte, manipulación, elaboración y procesado como lo pueden ser para este caso la fluctuación del precio de la carne, el combustible o la mano de obra. Estos costes son propios e inherentes de cada país, no costes exportados de la multinacional por lo que derivan de los incurridos consustanciales relativos a cada mercado local. Por lo tanto el precio del plato vendrá discriminado según los costes internos de las naciones donde se elabore y sirva. En definitiva, a groso modo, la finalidad del índice es comparar, mediante el valor referencial de venta de la famosa hamburguesa universal, el costo de vida de los países donde se vende y de este modo poder llegar a conocer los desequilibrios de poder adquisitivo y la fortaleza o debilidad de una determinada soberanía monetaria o moneda local. El índice basa su sistema en la teoría de la paridad del poder adquisitivo ("*PPA theory*"), que sostiene el concepto de que *el dólar debe poder adquirir mediante su unidad de medida y valor de cambio la misma cantidad de bienes o servicios en todos los países*. Existen muchos más índices, uno de los más llamativos es el "*Commerc Ipod Index*" de igual funcionamiento, que permite evaluar el comportamiento de mercado de uno de estos dispositivos *nanos* de audio de la compañía "Appel" en función de su precio de mercado en cada país. Se podría estudiar el mismo comportamiento para otros populares productos de consumo universal accesible para el gran público como el precio medio de una lata de 33 cl. de "Coca-Cola" o el coste anticipado en taquilla de un concierto de "U2". De hecho se deberían implementar para ajustar más el análisis comparativo y no avocarlo a una sola variable como el caso del "*BMIdx*".

de dólar americano para 2010. En definitiva: *ceteris paribus*¹⁴⁷ el coste real de la vida allí es mucho más caro para sus residentes que para los mismos que habiten en cualquier otro rincón del planeta.

En la estela, **Ed Glaeser**¹⁴⁸ va más allá y sostiene que de este particular fenómeno inflacionista asociado a lo local no escapa nadie. No es sólo propio de la NYC, como asegura Gross cuando nos dice que el verdadero poder de compra de un neoyorquino es aproximadamente $\frac{3}{4}$ partes de su valor nominal de salario, sino que responde a un patrón universal de tendencia. Ocurre así en otros lados. La conclusión parece tomar forma en la ley según la cual los grandes núcleos metropolitanos, indistintamente que sean el D.F. o Moscú, da igual que se trate de L.A. o El Cairo, Londres o Johannesburgo, o bien Tokio o Luanda, devalúan el poder adquisitivo de los salarios medios y bajos de sus ciudadanos para un mismo nivel de capacidad real de renta disponible en comparación con ciudades vecinas de menor densidad urbana (Monterey, San Petersburgo, San Francisco, etc). Éstas a su vez sufrirían el mismo fenómeno como efecto concéntrico de “surco de ondas” respecto a ciudades de densidad media próximas a su *hinterland* y así sucesivamente hasta estancarse en los municipios de tamaño medio-inferior, donde alcanzaría su agotamiento la presión monetaria (por ejemplo, Reading, localidad cercana a Londres, lo contrastaría en términos devaluativos en relación a su vecina Shinfield). De ahí el dicho, ya clásico, que sugiere la alocución popular de que “*en los pueblos, todo es más barato*”. Ello se debe a que la actividad económica tiende a concentrarse progresivamente en los nodos sinérgicos, ya se sabe, “*dinero llama a dinero*”. Y estos nodos son las ciudades. Y, de este modo, aunque bien es cierto que debido a sus densidades se reducen los costes de escalas, al tiempo se elevan los especulativos. Ahora bien, y aquí radica la cuestión: si las grandes ciudades son agentes devaluadores de nuestro poder adquisitivo real, si nos empobrecemos en ellas... ¿qué es lo que

¹⁴⁷ Expresión latina que puede traducirse para nuestro caso como “*si todo lo demás constante*”. El concepto fue desarrollado bajo un supuesto teórico-económico por Alfred Marshall, para referirse en el análisis económico a todas aquellas variables que puedan afectar el fenómeno estudiado permaneciendo constantes. Por lo tanto persiste en constituirse como recurso metodológico al que se recurre para aislar la influencia que algunas variables que en aislado pudiera ejercer sobre un fenómeno condicionante sobre la variable o factores de estudio. Suponiendo que todos estos factores o variables no cambian, es posible analizar por separado la acción de la variable en cuestión sobre el fenómeno estudiado. Por ejemplo, la demanda de televisores depende del precio de los mismos, de los ingresos y rentas medias de las personas, del precio de otros bienes sustitutivos y complementarios, de los gustos, etc.. Todas estas variables determinan en forma simultánea la demanda. Para conocer el efecto sobre la demanda de televisores de un cambio en el precio, se supone que todas las demás variables permanecen constantes o *ceteris paribus*, consiguiendo de este modo aislar analíticamente la influencia de la “variable precio” sobre la cantidad demandada de televisores. Sin embargo, hay que hacer notar que esto no es más que un instrumento metodológico, y no una descripción de la realidad (fuente: *ecofinanzas.com*).

¹⁴⁸ Edward Ludwig Glaeser conocido como **Ed Glaeser** nació en la isla de Manhattan en 1967. Licenciado en la Universidad de Princeton y doctorado por la Universidad de Chicago, actualmente es Catedrático de Teoría Económica de la Universidad de Harvard, rol que compagina con la dirección del Centro Taubman de gobierno estatal y Local y el Director del Instituto Rappaport de Greater Boston (ambos en la *Kennedy School of Government*). Glaeser es en cierto modo heredero de las corrientes de ecología urbana de la Escuela de Chicago al tiempo que siente un vínculo economicista con las corrientes de Cambridge. Es también uno de los expertos del mundo sobre la naturaleza de las ciudades. De acuerdo con el New York Times, su libro titulado “El triunfo de la ciudad: cómo nuestro mayor logro urbano hace nosotros personas más realizadas” (2011) condensa los años que Glaeser dedicó a la investigación sobre el papel que juegan las ciudades en el fomento del logro humano y su desarrollo cognitivo y vivencial. Para el catedrático neoyorquino, las ciudades son potencias de la economía: las zonas metropolitanas se acercan al óptimo paretiano: muchas grandes urbes de los países industrializados se acercan a niveles de producción del 80% del PIB pero contienen tan sólo el 20% de la población.

tienen de virtual o intangible las metrópolis como para retener y albergar a tanta gente bajo su cobijo?.

Existen algunas variables clásicas que exploran este comportamiento colectivo. La psiconeuróloga **Sandra Aamodt**¹⁴⁹, en la línea de lo que estamos viendo, nos desvela que el dinero no es una de ellas: de no ser así habría que acudir al “síndrome colectivizado de la ilusión monetaria”, que no es el caso. Aamodt destaca, simplemente, que las ciudades son más atractivas, pese a su carestía, porque son más igualitarias, más estables y más tolerantes. El escenario urbano es caro porque es el recurso espacial más demandado; y está más demandado porque confiere, en definitiva, ese estado de ánimo que se siente al estar identificado con uno mismo, con la propia personalidad que nos conferimos alejados de los condicionantes sociales de los grupos humanos locales y que algunos pueden llamar “felicidad” o “identidad propia”. Por ejemplo, nos dice que en las ciudades existen índices sociales o síntomas de autoestima personal como, entre otros, un mayor *tasa de divorcialidad*; esto es, a medida que los núcleos de población medidos por su volumen de masa urbana o número de habitantes son superiores, el número de personas que ponen fin a sus matrimonios insatisfechos es proporcionalmente mayor; y que, lejos de ser un drama, esto nos facilita la clave para dejarnos entrever que el gobierno de la vida de cada cual no debe estar vinculada a contratos civiles, apego a la tierra o lazos consanguíneos, sino al libre designio de cada uno. En palabras de Aamodt: *“En las ciudades tienes la libertad de equivocarte y corregirte, de ser tu mismo, de encontrarte de nuevo, de ser lo que eres. Y a la gente le gusta ser libre, buscar su propia identidad y felicidad. Es lo mismo que sean más caras”*.

Sin embargo, **Tim Harford**¹⁵⁰, del “*Financial Times*”, nos da otra batería de respuestas muy diferente a la emergencia cultural del individualismo indolente: para él, apoyándose en Gleaser, la experiencia sociocultural, la absorción de innovación técnica y el intercambio de conocimientos a los que interceden y dan lugar estos espacios metropolitanos es la recompensa inconsciente por la devaluación diferida de los salarios en las grandes urbes. Parece hacernos intuir que *“la respuesta está en el aire”*. O si se prefiere, en el movimiento hacia la concentración. Tanta gente no puede

¹⁴⁹Aamodt no permite, en salvaguardia de su privacidad, que la red contenga y amplifique sus credenciales académicas, personales o de investigación.

¹⁵⁰**Tim Harford** nació en Inglaterra en 1973; economista y columnista británico, reside en Londres desde donde el mismo centro de la *City* prepara su libros de divulgación económica y dirige y presenta el popular programa de la “BBC”, *“Trust me, I’m an economist”*. Acompasadamente escribe una columna satírica encabezada por el nombre de la misma *“Dear Economist”* en “The *Financial Times*”, en la que mediante teoría económica trata de resolver problemas personales de los lectores del periódico. Su otra columna, algo más dominical y popular que se desarrolla en el magazine “Slate” del mismo diario, *“The Uncover Economist”*, también tiene cabida en la publicación española “Actualidad Económica”. Harford estudió en Oxford, obteniendo su grado y máster en Economía por esta universidad. Formó parte del equipo de redacción de “The *Financial Times*” en 2003, como becario. En 2004 logró unirse a “International Finance Corporation”, aunque siguió escribiendo su columna. Retornó al diario que le vio crecer como columnista y divulgador en 2006 como jefe de la sección de economía del rotativo. Es, desde entonces, miembro del consejo editor del periódico. En octubre de 2007, Harford reemplazó a Andrew Dilnot como director y locutor del prestigioso programa “More or less”, del cuarto dial de la BBC.

estar equivocada: el movimiento hacia las grandes urbes tiene necesariamente que ofrecer algo que de algún modo compense el valor real traído de ese dinero que parece evaporarse, algo además que esa parte del valor monetario volatilizado no pudiera restituir por sí mismo, algún éter que posea incluso más valor añadido compensativo que la pérdida adquisitiva por devaluación urbana.

Los científicos y la neurología, por otra parte, también se han unido al debate de las ventajas invisibles de la migración urbana esforzándose en zanjar en las últimas décadas, y quizá de una vez por todas, el viejo debate acerca de si las condiciones ambientales o de movilidad hacia las ciudades o núcleos de desarrollo de carácter internacional favorecen un crecimiento intelectual en los recién llegados y, por extensión, en toda su descendencia. Estudios longitudinales parecen demostrar que así es, en efecto; y que el escalonamiento ascendente del popular coeficiente intelectual se incrementa de unas primeras generaciones a otras terceras a medida que los grupos alóctonos se refugian en las ciudades de la metrópoli que los acoge y las asienta. El ejemplo estándar son las comunidades latinas, turcas, surinamesas, indias o asiáticas inmigradas paulatinamente hacia los EE.UU, Alemania, Países Bajos e Inglaterra como población de estudio donde se llevaron a cabo las psicometrías referidas desde las postrimerías de los años sesenta hasta el inicio del nuevo siglo. A medida que estos colectivos exógenos pasaban de su país de origen al campo o a los *downtown* de las zonas urbanas de adopción, los núcleos de innovación técnica propiciaban que la posterior sucesión de sus linajes incrementaran sus destrezas intelectivas. Así fue también para los reintegrados desde el campo hacia el ámbito de las poblaciones medias desempeñando servicios: sus terceras generaciones se vieron formando parte de un sistema superior de enseñanzas cuasiuniversalizadas, pudiéndose constatar que de modo paralelo mejoraban notablemente sus puntuaciones sobre el C.I. hasta llegar a alcanzar la media nacional, o incluso superarla en muchos de los casos para los residentes en el ámbito urbano. A este fenómeno de equiparación los psicólogos sociales acordaron en llamarle “enriquecimiento por entorno”. Luego parece ser que para todos estos teóricos hasta ahora comentados está claro: la movilidad y el asentamiento urbano aportan beneficios intangibles y eso se manifiesta en una correlación entre movimiento poblacional hacia la concentración urbana y crecimiento intelectual funcional. Puesto que nuestro país ha sido, durante los últimos lustros y dado su crepuscular crecimiento económico, uno de los últimos en asimilar y dar cabida a la población recién emigrada de sus antiguas colonias, dictará la lógica que hoy o quizás mañana, los hijos de la comunidad predominantemente andina asentada en nuestras grandes ciudades serán más inteligentes que sus padres, y estos al mismo tiempo lo serán con un mínimo de probabilidad más que los hijos referidos tanto de las comunidades autóctonas y alóctonas de las áreas menos urbanizadas.

En efecto: Gross, Glaeser, Aamodt, Harford y alguno más que se me pudiera escapar seguramente puedan explicar por qué las gentes, incluso algunas ingentes con recursos escuetos, prefieren quedarse a vivir o permanecer en las grandes ciudades a pesar de que estas

les resulten ostentosas. De hecho no hace falta nada más que darse un garbeo por los supermercados "Lidl" de barrios o distritos tan singulares entre sí como Feyenoord, Tetuán u Offenbach para toparse con inmigrantes de todo color multiétnico y ámbito geopolítico o de nacionalidades, entre los cuales me incluyo¹⁵¹. Parece ser que todo son ventajas a pesar de las estrecheces, en todos sus sentidos literales. Tiene que existir, estamos de acuerdo, alguna ventaja sociocultural adaptativa cuando se ha venido observando durante las últimas décadas que los gualtemaltecos, brasileños y mejicanos conocen los beneficios de no salir de Manhattan y Brooklyn (lo que se conoce como *Manhatitlán*), a pesar de contar tan sólo con unos ingresos cercanos a los ochenta dólares. Pero ni aún así, acomodados en esta evidencia, Gross ni Harford pueden explicar todo lo contrario: el porqué de conjuntos de personas que no responden a esta compensación invisible que ofrecen las megaurbes y terminan huyendo de ellas tras un tiempo. No encuentran respuestas a la alta rotación residencial que sufren las grandes capitales. Quizás, sólo quizá y descorazonadoramente para Tim, apure una explicación en que algunas personas no encuentren nada de beneficioso en ellas para sí mismas. El mismo Harford, en este sentido, reconoce abiertamente que muchos de los londinenses y neoyorquinos no disfrutaban de las ventajas vivenciales que ofrece la City o Manhattan por falta de tiempo o, imperiosamente, porque no les llega el dinero (es infrecuente encontrarlos en *Broadway* o algún restaurante céntrico que difiera sustancialmente de los que se encuentran en sus municipios o barrios de origen). Con lo cual el aspecto cultural de conocimiento o de "*experiencia fundamental*" que encierran, a mi entender, aunque sin perder su entero protagonismo, pasa a un segundo plano o bien pierde la dominancia que se le pretende dar por estos autores. Mi explicación difiere y prefiere recurrir a hipótesis más clásicas como que las ciudades, debida a la concentración mercantil que dimanan, ofrecen más oportunidades a las clases pudientes, administrativas y ociosas (rentistas, altos profesionales, funcionarios y estudiantes jóvenes) y mayor seguridad de empleo y mejor formación para sus hijos en las clases técnicas; eso sí y como venimos viendo a cambio de ser más costosas y sufridas, lo que hace entender que algunos opten por dejarla atrás. Pero aún así esto no puede explicarlo todo de un carpetazo y zanjar el asunto. No puede dar a entender sin más que las personas que optan por la movilidad necesariamente tiendan a ser más adaptadas a los cambios ambientales ecosistémicos o bien se ven abocados al enraizamiento urbano. Tiene necesariamente que haber algo más que un determinado coste de oportunidad. Y ese algo más se nos escapa. Al menos, de momento.

2.- Presecuela y secuela del movimiento.

A pesar de todo, parece quedar patente de lo dicho hasta ahora que el movimiento hacia la concentración genera un sinérgico enriquecimiento en todos los niveles del sustrato humano. Si, por ejemplo, retomamos nuestros primeros antepasados antediluvianos, si atendemos

¹⁵¹ Este artículo fue inicialmente un texto embrionario de mi cuaderno de notas de campo y de registro de notas de observación social participante durante mi estancia en "*SilverSee Resort Park*" de Frielendorf y "*SeePark Resort*" de Kirchheim durante gran parte de los meses de otoño, invierno y primavera transcurridos entre 2011 y 2012, en Alemania.

a los orígenes de la vida y su senda, esta se concretó, tal y como sostienen estos teóricos de los flujos y concentraciones poblacionales como Harford, en principios fundamentales de la inercia del movimiento. Así lo vemos desde el principio de la vida en el mar, en el cielo y en la tierra cuando vino caracterizada por la cinética progresiva de los seres. Los precursores de la vida, los cristales microscópicos de arcilla, en una protogenia evolución en la matriz de la biosfera, se desarrollaron por un proceso retroalimentado de nutrición mineral y de dispersión fragmentaria y expansiva. A la par de aquellas formas de vida mineral, algún tiempo geológico después, los primitivos microorganismos bióticos se sustentaron caóticamente en el medio acuático desplazándose, para su caso, al arbitrio u orden de las fuerzas de las masas marinas. En esta secuencia del relato natural, la aparición de los primigenios organismos celulares dieron lugar a lo que el lugar les dio a ellos, el *revelo génico*¹⁵², que implicó para la evolución pasar de un estado mineral y estático o en recesión a un estado biótico y dinámico por mutación y asociación de los primeros seres unicelulares. Luego el principio de la historia se encuentra en el principio del movimiento.

Pero el movimiento génico hacia lo biótico tuvo su especie aventajada. El revelo génico de la vida de lo gaseótico-mineral a lo biótico-celular fue transcendido en un primer momento por la vegetación, empeñada en sacar adelante su propio y complejo proyecto de vida orgánica por asociación multicelular. Fue una gran idea. Sin embargo, sus prisas evolutivas las hicieron seres inmóviles. Esta orgánica innovación excesiva que dotara su complejidad biótica hizo depender a las plantas tan sólo de la luz solar, de los gases biosféricos, del agua y de las disoluciones minerales; un conjunto de recursos sin duda abundantes y accesibles y algo tan pragmático para ellas que tornó disfuncional toda necesidad de un medio locomotor autónomo. Dicho de otro modo: la vegetación escatimó de tal modo esfuerzos para una biomovilidad en su complejidad evolutiva que su distorsión las retrotrajo al enraizamiento. Esto, como veremos, le traería algunos problemas más tarde. Por el contrario, el reino animal nunca abandonó la idea de la complejidad celular por analogía a las plantas mediante *revisión génica* optando, por contraposición a la masa vegetal, en especializarla en la movilidad. De este modo la vida animada se hizo masa en movimiento.

Aunque, según vemos, algunos de los organismos multicelulares desarrollaron posteriormente extremidades capilares complejas y empezaron a desenvolverse de forma autónoma en el agua, hasta quinientos millones de años después de la aparición de estas perezosas pero complejas formas de vida que se nutrían de la ingesta filtrada del lodo de microorganismos, no dieron paso a los primeros organismos vertebrados. La vertebración orgánica propició en este caso primigenio a los peces de una mayor versatilidad. La carne definitivamente se hacía movimiento. Y este "*movimiento cárnico*", en términos mecánicos, se pudo contemplar por primera vez en un extraño pez llamado *ictiostega*. Este capricho de la naturaleza se las ingeniaba para salir aleteando a las superficies de las marismas y orillas de las lagunas y poder así alimentarse de insectos para inmediatamente volver a sumergirse. Su pizpireta movilidad hizo

¹⁵²Cairns-Saint, A.G. "*Seven Clues to the Origin of Life*".

perentorio que la evolución le premiara, sólo por la ocurrencia de cazar fuera de su medio acuoso, con la ayuda de al menos de unas pequeñas e incipientes protuberancias (para un tiempo evolutivo más tarde, extremidades motrices), que sobresalían de su abdomen. Lo que consecuentemente convirtió a este pez, que lo seguía siendo, en una versión mejorada de su especie, una especie avanzada dotada de una mayor movilidad que dio posteriormente origen a los anfibios.

La locomoción de un "pez con patas" cautivó a la evolución y la hizo reflexionar. Se cuestionó a sí misma si los recursos más abundantes, nutricionales y proevolutivos se encontraban acaso con más accesibilidad, mayor riqueza y menor competencia fuera del medio acuático. Sólo había un modo de averiguarlo: diseñando una fuerte vertebración ósea como soporte de la masa cárnica que contrarrestara sobre tierra firme el *efecto Arquímedes* proporcionado por la densidad del mar. Así fue con la aparición del esqueleto complejo que los animales decidieron salir del agua y sus músculos permitieron ejercer sobre la estructura ósea una mayor tracción mecánica y de sustentación. Esta ingeniería biótica facilitó a los primeros vertebrados complejos la incursión exploradora del entorno lo que propició con ello la aparición de ejemplares más acomodados al medio. Ahora era el movimiento el que se hacía carne. El movimiento dotó entonces a la vida de inteligencia técnica y de un mayor acceso a los recursos. Pudiendo salir y entrar del agua y de la tierra, las posibilidades de interacción con el entorno y su diversidad de nutrientes se multiplicaban.

Queda definido, pues, que la capacidad de desplazamiento por los diferentes medios ecosistémicos a través de la evolución de las especies animadas constituyó un paso proevolutivo para el desarrollo complejo de los seres mecánicos. Lo podemos contemplar en la evolución natural de los reptiles, que se volvieron más versátiles y más colonizadores en el espacio telúrico que los anfibios y que, de no haber sido por un accidente estelar, previsiblemente hubieran agotado la vegetación. Mientras el futuro de la vida lo dictaban los movimientos cárnicos, los seres vivos inmóviles y las inmensas arboledas seguían sin necesitar funciones complejas de coordinación orgánica y desplazamiento mecánico. Esta falta de movilidad les condenó a una desventaja comparativa al tiempo que el reino animal se volvía en gran medida más heterogéneo y evolucionado en sus ventajas competitivas en el medio. Tampoco en su vocación estática ante la ausencia de depredadores en masa hasta la llegada de los saurios condujeron a las plantas a desarrollar mecanismos que respondieran a la necesidad de huida, defensa o engaño (salvo salvaguardia de algunas sustancias venenosas o excreciones tóxicas en algunas de ellas). Nada durante abundantes milenios les indujo a las plantas la necesidad de huir o de luchar más allá de consigo mismas y por el espacio comprendido entre ellas. Ciertamente, la masa coral y herbácea ya representaba una presa fácil por su inmovilidad para los primeros vertebrados. La abundancia verde de las placas continentales facilitó que muchas de las faunas orientaran su síntesis nutricional hacia el consumo herbívoro. Con el añadido de constituirse, además, como un modo muy conveniente de combatir al reino dominante.

El reino arbóreo hubiera pagado su precio evolutivo por su falta de movilidad ante la voracidad jurásica de un modo u otro si no fuera por el impacto de un meteorito. Pero no fue la

colisión de este meteorito contra la corteza terrestre lo que frenó el desarrollo de los grandes reptiles. La especie ya estaba señalada, había adquirido debido a su hipertrofiado tamaño hábitos sedentarios y tan sólo quizás se trató de un final adelantado por un agente intrusivo. A pesar de ello, más que la entrada en la biósfera de los pequeños desprendimientos celestes incandescentes, quien determina quién sigue en el tablero de la vida y quién no, es la propia evolución. La evolución castiga a los perezosos y glotones y aunque los dinosaurios pronto comenzaron a readaptarse y a reducir su tamaño e incrementar su movilidad pronto la naturaleza encontró en los pequeños mamíferos incipientes un medio orgánico más perfeccionado de diseño complejo tras la desaparición de los grandes saurios. Un menor tamaño, un instinto gregario y unas extremidades adaptadas a las medias distancias fueron la clave de su relevo natural en la sucesión de las especies dominantes.

A los animales más inquietos, en clara referencia a los mamíferos, la evolución los tuvo que dotar además de modo necesario de un mayor cerebro para su supervivencia. El desplazamiento y tránsito dentro de un determinado hábitat hostil y extenso lleno de amenazas ejerció una presión sobre el desarrollo de sus sentidos y sobre el cerebro. Esta innovación masoencefálica unida al sistema nervioso fue ineludible para dotar a las especies mamíferas de ventajas comparativas (entendida como volumen craneal) y competitivas (referidas al intelecto) frente a sus depredadores y otras especies hermanas. A los primates, su familia más evolucionada, les ayudó a descender de los árboles y enfrentarse a sus enemigos de superficie; una vez atemorizados la tensión ambiental se dirimió a su sofocación entre ellos. La competición social constante entre los primates por el control del entorno ha sido señalada como uno de los principales factores que impulsaron la evolución de su cerebro. Un volumen cortical extra podía ser empleado para muchas cosas, como valerse de utensilios o intentar comunicarse con chillidos y gestos. Sin embargo mantenerse erguido fue la más determinante de todas porque el equilibrio confirió en el homínido un instinto espacial e innato de orientación. Su deseo de proyectarse sobre su propio futuro le hizo nómada, trashumante y forrajero. Cuando su deseo de itinerancia le llevó a atravesar las Columnas de Hércules y colonizar el sur de Europa, el intercambio y transmisión de ideas entre sus semejantes ya era una realidad ecosistémica. Había nacido el hombre: la carne se hizo intelecto y el movimiento se volvió cognoscitivo. La transmisión de ideas y técnicas se dispersaba a través de los intercambios comerciales, al tiempo que los seres humanos se concentraban en asentamientos estables y complejos que cada vez se hacían más populosos. El culmen del movimiento fue su sistematización como concepto itinerante de las técnicas y de las costumbres y de este modo las ideas se quedaron adheridas al ecosistema humano para siempre. *“Y entonces hubo una vez un astro -nos dice Nietzsche- en el que los animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero de la historia de la humanidad, pero tan sólo un minuto”*. Lo que pasó después, el resto, nunca mejor dicho, ya es Historia.

Harford y Groos parecen estar en lo cierto en tanto en cuanto la paleobiología y las

sucesivas revoluciones tecnológicas y nooféricas acaecidas en el seno del ser social humano refrendan las hipótesis de los sociólogos urbanos actuales que hemos tratado; sobre todo en aquellas que aseguran que el movimiento hacia los nodos urbanos es sinónimo de progreso y riqueza, las que se apoyan en el convencimiento de que la línea del movimiento natural es paralela y tiende a reducir su espacio intersticial en el tiempo con la línea del conocimiento: ambos se fusionarían en el enriquecimiento emanado del espacio urbano. La ciudad y las riquezas de todo tipo que atesora constituyen "el fin de la historia", a su entender. Parece que no existiera nada posterior tras el "enriquecimiento del entorno urbano" y todo al que a él se resista o desista caerá en un limbo de lo irracional y el oscurantismo. Pareciera que la secuela del movimiento posterior a nuestra era, esa cinética concretada ya no en el movimiento de la materia cárnica, sino en el de los *bits neuronales*, encontrara su escenario perfecto en las grandes urbes, como si las grandes ciudades se abocaran a un nuevo *salto génico* donde masa cárnica y silicio se soldaran para dar lugar a una nueva forma de vida telúrica. Pero queda por probar que no se puede revertir socialmente la línea de movimiento humano, deshilar los nodos poblacionales, sin quebrar la línea del tiempo y del conocimiento. La historia no contempla su fin, en cuanto continua construcción social.

3.- El coste de adscripción.

Mientras el verano llegaba a su fin y los socioeconomistas anglosajones y miembros adscritos a otras disciplinas afines trataban denodadamente de convencerme del hecho de lo importante que es para las gentes querer vivir en las grandes ciudades y áreas metropolitanas a pesar de ser más costoso, de la consideración de su decisión racionalmente tan acertada por todo lo que se tienen de ventajoso, la filial alemana del grupo de distribución detallista "Amazon" orquestaba la idea de poner en práctica un pequeño programa pionero: tendría como objetivo tantear y probar la experiencia de traer especialistas españoles en *logística indoor* y *retail* para que trabajasen en su tienda-almacén de Bad Hersfeld. Habida cuenta de la alta tasa de desempleo, y precedidos de nuestra fama de esforzados trabajadores quizás, como seguramente ya lo fueran antaño para el corazón de Europa nuestros padres o abuelos, no desacertó en absoluto "amazon.de". La iniciativa resultó una oportunidad para todos los que aceptamos el reto, pero sobre todo un éxito estratégico para la enseña y sus directivos. Una vez formados y adiestrados en Alemania, estos profesionales asimilados podrían ejercer sus desarrollos técnicos en los propios centros logísticos y de distribución que la enseña posee en distintos puntos de Europa, lo que le generaba un valor añadido de movilidad y reajuste de capital humano. Nunca la oportunidad fue tan bien servida, tanto para unos como para otros.

Por lo que se me ocurrió, ya una vez estando allí, considerar si sería una buena ocasión para ver hasta qué punto las ideas de Gross se podían intrapolar para mi particular caso...

O mejor si las de Harford, por el contrario, se podrían extrapolar e ir más allá de lo local asumiendo que las dinámicas economías de algunos países, al igual que la de algunas grandes ciudades, y a pesar de implicar un mayor coste real y nominal, evidencian un mayor poder de convocatoria por lo que de ellos se puede aprehender. En ello estaba cuando intentando averiguar las motivaciones por las cuales mis compañeros habían decidido embarcarse en esta aventura al margen de poder ganar algo de dinero (como puedan ser aprender el idioma; o bien cotizar y ahorrar; viajar y conocer; o beneficiarse de la formación laboral y de su prestigio de enseña; seguramente ayudar a la maltrecha economía doméstica a poder pagar la hipoteca; vivir una experiencia fundamental o incluso encontrar pareja y un infinitesimal etcétera, etcétera), me tropecé al breve tiempo de mi observación participante, estupefacto, con la respuesta cruzada del porqué habían decidido repentinamente regresar a España una muestra significativa de ellos.

Entre los motivos a decisiones ajenas barajé con aproximado análisis de humor todo tipo de hipótesis valorables en su conjunto: decididamente la cultura gastronómica alemana no es de las que reconcilian cuñados entorno a una misma mesa, perfecto; también es cierto que su sol es una leyenda urbana, al menos en invierno; y vale que el transporte público, especialmente el tren, tenga precios como para ordenar dar candela a todos focos de *Gotham City*. Lamentablemente, su inglés hablado bien parece que tuviera pasaporte chino: correcto, de acuerdo con todo lo relatado. También en que, por supuesto, ellos no estén todo el día de fiesta en fiesta y que éstas acaben a las tres de la madrugada en el mejor de los casos (ninguna cultura es perfecta). Y, ya puestos, hasta cierto punto objetable que tu farmacéutico alemán ponga algunas más que razonables pegas a lo que en nuestro país sea despacho libre y a granel de medicamentos legislados. Todos estos inconvenientes culturales unidos a la pulcritud burocrática de sus administraciones y algunas otras argumentaciones nada descabelladas, bien sueltas o por producto de sus añadiduras, contemplaban el recetario de objeciones a las que accedí a través de consulta a todos aquellos de los que provocaron una importante desbandada.

Pero por otra parte, en contra de lo que se cree y para ser justos, Alemania no es que sea un país especialmente caro- salvo Frankfurt y Múnich- respecto a lo que nos tiene acostumbrado la España: los precios de las viviendas o sus alquileres son ligeramente inferiores, los sistemas sanitarios y de cobertura clínica son buenos y asequibles y las ayudas y transferencias públicas son universales. Además, a pesar de su tenue luz, las estaciones frías-al menos el pasado invierno- no fustigaron los termómetros, se dieron oportunidades para todos, el trabajo no fue excesivamente duro y lo mejor de todo, eso sí, fue su cerveza (motivo saludable este último más que suficiente para tomarse en consideración esta geografía). Por contra en toda la península ibérica, sus archipiélagos y países vecinos el empleo no es que sea su fuerte; de los impuestos ya ni hablamos y acaso se eche de menos para el caso de los residentes europeos españoles el partido de emisión en abierto de la *Liga* española de todos los sábados¹⁵³ (en Europa

¹⁵³Ya ni eso. Los operadores del mercado español de retransmisiones audiovisuales han adoptado el modelo angloalemán de producto televisado deportivo de emisión cerrada.

todos los partidos se comercializan en *pay per view* o por paquetes de abono). Sopesando uno y otro lado de la balanza, cuesta entender que, a pesar de todo, unos cuantos en número considerable hubieran decidido regresar a casa abocándose, dada la difícil situación económica patria, a un seguro desempleo.

Esto me planteó ciertos conflictos con las ideas del “*efecto llamada de las megalópolis*”, puesto que, retomando a Gross y a alguno que otro, para él este comportamiento, como vimos, no tendría explicación racional alguna sobre todo tratándose de personas jóvenes, de apertura mental e impregnadas de una cultura de globalización. Él argumenta en su favor que existen a día de hoy y casi desde la alta Edad Media y desde la eclosión de la *Liga Hanseática* determinantes e intrincadas decisiones racionales que motivan a las personas a permanecer en las grandes ciudades (o, como vemos, fuertes países). En definitiva, nos dice que esto debería ser así, recordemos, porque en las ciudades (o si se prefiere como es mi caso extensivo, insisto, en los países de referencia en innovación) existen mayores ventanas de oportunidad que implican al mismo tiempo mejores bancos de conocimientos y por tanto mayores posibilidades de desarrollo que en una comunidad postergada. Es cierto, le segunda en esta línea Harford que, por enumerar algunos aspectos, una ciudad brinda la ocasión de conocer a más mujeres (o hombres, aunque menos¹⁵⁴), la posibilidad de obtener o cambiar con mayor facilidad a un mejor empleo o apartamento o poder sin más disfrutar de un verdadero concierto de una banda internacional de rock: las ciudades, en efecto, son más dinámicas. Pese a todo. E incluso para las economías emergentes. Un ejemplo se contrasta en China, donde cientos de miles de personas anualmente abandonan los campos y las poblaciones tradicionales y se mudan a las ciudades más habitadas del subcontinente: Shanghái, Pekín, Cantón y especialmente Shenzhen y Tianjing. Incluso aún a costa de un importante sacrificio, como el hecho tácito de perder sus derechos *hukou*¹⁵⁵. Los *hukou* son derechos adquiridos mediante nacimiento vinculados a una región: el Estado chino subvenciona a cada ciudadano con pequeñas transferencias, algunas ligadas a la subsistencia, por habitar su lugar de nacimiento. Marcharse significa perder el subsidio, no son reconocidos administrativamente en sus nuevos “lugares de acogida”. Los ciudadanos chinos que no tienen *hukou* en las ciudades de destino ciertamente se relegan a una *casta inferior urbana*: pierden nivel netos de ingresos derivados de las transferencias administrativas al salir de sus circunscripciones, sufren dificultades patentes a la hora de adquirir un alquiler propio, una vivienda o un vehículo y se

¹⁵⁴ Las grandes ciudades presentan mayores índices absolutos poblacionales femeninos que masculinos por cada cohorte de edad a partir de la mayoría de edad. Esto provoca un dimorfismo sexual censal que hace que el sexo masculino represente un recurso escaso frente a su demanda femenina de mercado matrimonial o relacional.

¹⁵⁵ El sistema *hukou* de registros familiares en la china tradicional y posteriormente en la de su economía centralizada ha impedido y actualmente restringe o dificulta la libertad de movimientos poblacionales dentro de la república popular asiática. Dificulta, a día hoy además, la consolidación de nuevos asentamientos poblacionales urbanos de emigrados a los principales núcleos generadores de capital y riqueza, las grandes urbes. Ello es debido a que al cambiar de lugar de residencia en China desde la provincia de adscripción a una ciudad o metrópolis, los ciudadanos chinos declinan de modo automático sus derechos sobre subvenciones y transferencias del estado. El *hukou* liga, desde la vertiente burocrática y administrativa a la persona a la tierra que le vio nacer de por vida. Todo lo que sea desvincularse de su región implica un coste de transferencias públicas ligadas al decremento de rentas de sus familias y personas.

ven avocados a peores equipamientos y escuelas para sus hijos. No es solamente que los sueldos en las ciudades tripliquen a los de la renta agraria aunque no puedan acceder a las ayudas oficiales para comprarse un coche; la realidad tozuda es que más de doscientos millones de emigrantes procedentes del campo a las ciudades saben que sus nuevos retoños adquirirán su *hukou* por nacimiento en la ciudades y sus nietos tendrán acceso a mejores recursos de vida¹⁵⁶. Luego parece ser que Harford y más justificadamente Gross, logran consolidar sus principios teóricos.

Pero aun así y teniendo en cuenta estos certeros beneficios derivados de la migración hacia las masas urbanas, a pesar de ello los economistas anglosajones no aciertan a describir el rechazo de algunos conjuntos poblacionales a estas sinergias, no dan con la *piedra de toque* de por qué se marcharon algunos de los empleados alóctonos para el ejemplo de "*amazon.de*" o de la *huída residencial* muy característica de ciudades europeas tan dispares como Madrid, Ámsterdam, Londres, Liverpool, Praga o Moscú, por citar las más castigadas. Ni siquiera en el caso del británico que lo achaca a un mayor coste económico como factor explicativo: simplemente alega que es "no racional". Harford alcanza a intuir, a lo sumo, que puede que efectivamente "*la ciudad no sea para todos*": de hecho reconoce que muchos profesionales o personal técnico utilizan premeditadamente las grandes urbes como plataforma para relanzar posteriormente sus carreras o proyectos de vida en poblaciones medianas manteniendo luego el poder adquisitivo, o al menos aproximado, de los que venían obteniendo en las ciudades. Al fin y al cabo "lo valen" porque demuestran ser transmisores o aplicadores a sus respectivas culturas locales de ese *pathos* o conocimiento urbano que sólo se puede adquirir en las grandes manzanas... pero eso sí, no es un "retornado" en los términos que él mismo prescribe porque debido a ello por siempre estará encadenado al conocimiento que constantemente emana de la ciudad, manteniendo un vínculo continuo hacia ella a través de viajes de negocio, formación o información. La ciudad, en este sentido, "lo presta", no "lo devuelve". La ciudad, pues, se justifica por sí misma, por la riqueza que aporta al individuo y, mantenerse alejado de ella, es una rémora personal.

Pero quitando esto y manteniéndose en sus treces, sin embargo, nada nos revela Harford, ni mucho menos Gross, acerca de otra cuestión como es la constante histórica del rechazo a la movilidad geográfica, de ese deseo que se manifiesta en muchos y desde siempre en pertenecer, sin maquinación alguna, allí donde se organizan sus redes familiares y culturales de adscripción. Desde incluso antes que eclosionara la primera y más contundente revolución industrial y hasta mediados de nuestro pasado siglo veinte -o en la China o la India industrial del veintiuno-, ya existía lo que hoy llamamos "valor añadido de las ciudades". No tiene nada nuevo todo esto, es nuestra vanagloriada sociedad informacional. Prueba de ello es que miles de personas algunos siglos atrás ya se trasladaran a pie o subidos en carros por cientos, por caminos y veredas hasta llegar a las calles gremiales o a las puerta de las factorías y hacer cola para ser contratados: "*El aire de la*

¹⁵⁶ Foley, John ("Reuters", 2012).

ciudad os hará libres", prodigaban los villanos de la baja edad media. Y, sin embargo y a pesar de ello, también gente que se resistía a la seducción de esa senda, por supuesto. Como consecuencia de ello, durante las etapas de escasez de mano de obra muy frecuente de una joven sociedad industrial inglesa, por citar un caso, otros tantos miles de campesinos aprendían de modo arcaico en las villas y tierras de labranza y pastoreo las nuevas técnicas trasplantadas de la ciudad; empleaban los tiempos muertos de trabajo agrícola para dedicarse a la producción artesanal de productos industriales tales como los telares. Su producción, más artesanal, se destinaba al mismo mercado que la propia elaborada en las zonas industriales; el empresario o uno de sus hombres de confianza pasaba a reponer materiales y recoger los productos y pagaba (eso sí, algo menos) al agricultor por su manufactura. A esto se le llamó "*production's domestic system*" o "*protoindustria*" y representó un "encaje" o injerto del sistema productivo urbano en el rural, un engranaje imprescindible más para el sostenimiento de la producción industrial sostenible; si lo aceptamos como tal, más que una anécdota aislada, fue una ayuda del campo a la ciudad más que de la ciudad al campo.

De tal modo que podemos constatar que existe, al margen del deseo de movilidad, la realidad social e histórica del arraigo, del enraizamiento a la tierra y la permanencia al núcleo de origen como valor (in)tangible independiente de los núcleos de desarrollo e innovación. Volviendo a nuestro presente, el mejor encofrador de edificaciones o el más reconocido especialista en cirugía coronaria, como nos argumenta Tim Harford, deberían aspirar y estar allí donde reside la innovación, ese intangible invisible. Deberían, desde luego: al menos así lo dicta la lógica de **Adam Smith**. O no tiene por qué. Puede que no estén en la *zona cero* neoyorquina o en Río elevando los más evolucionados rascacielos o estadios de fútbol; o, en el caso del médico, impartiendo conferencias magistrales en los prestigiosos centros clínicos de Barcelona o el "Sinai Mont", sino en su ciudad de toda la vida o un hospital de la red provincial, por supuesto. ¿Eso quiere decir que la gente que permanece en el *hinterland* o se marcha de las megalópolis o de las economías fuertemente desarrolladas eludiendo sus inconvenientes y soslayando su valor añadido es menos inteligente o toma decisiones menos racionales?. Decididamente creo que no: al igual que su contraria, tanta gente no puede estar equivocada. Por tanto, el factor explicativo de residir alejado de las áreas de innovación debe descansar sobre algún tipo de coste no determinado, sublimizado, no perceptible, un coste de oportunidad que nada tenga que ver con el dinero ni con la subsistencia ni de nada que pueda sublimizar ambas cosas por compensación espontánea.

Por lo tanto, Harford, incluso Glasser, pasan por alto u olvidan que existe otro tipo de coste relacional para las grandes ciudades o implicados en la emigración a otros países. Me refiero al coste intangible, al que yo entiendo como un coste de adscripción y que es el precio de estar separado de los tuyos, de tu cultura y de su medio productivo tradicional. Si acaso un coste en cierto modo emocional. Un beneficio sublimado, éste el de la distancia de los que son nuestros orígenes ecosistémicos que muchos tienen en su consideración para el medio urbano y tan

pretendidamente intangible o invisible como el de la innovación o el conocimiento que ellos pretenden hacer legítimamente visible para el caso de las ciudades o las economías avanzadas. También implica un coste social, emocional, de adscripción para su comunidad. Todo hombre o mujer, sus manos, su vientre y su cabeza, son un recurso de futuro. Por tanto el primer escollo que debemos salvar para aproximarnos a este fenómeno estriba en dar la consideración a las decisiones etnoemocionales o ecosistémicas como racionales en sí mismas, no como una respuesta químico-neuronal o de evaluación efectiva de asignación de recursos. Al igual que hace tan sólo dos o tres décadas no se percibían los costes medioambientales o clínico-sanitarios de nuestras actividades económicas por considerarse invisibles o pretenderlos como tales, aun hoy de igual manera se reproduce esta falsa percepción en los costes sociales, de adscripción y emocionales que implican la distancia de nuestras raíces. Pero ahí no se debe agotar la cuestión, los costes emocionales o etnológicos que implican salir de los lugares habitados y construidos por tus antepasados, por sí, no explican el porqué de muchas de las gentes en alimentar el alto índice de rotación poblacional asociados a las ciudades. No todos permanecen para siempre. Ni tampoco explica su contrario, cómo éstos se mitigan cuando los emigrados asentados invitan a sus familiares a participar de los beneficios de la megalópolis facilitando su integración en las zonas urbanas. El coste de adscripción, de etnológico cultural, no da cabida a todas las respuestas en cuanto que se mitiga; no agota el planteamiento, aún existe otra vuelta de tuerca. Sin duda este coste real intangible debe responder en algunas personas a un sentido más orientado a lo telúrico, a la dependencia del medio que le educó y le vio crecer, al permanecer próximos al lugar donde pertenecen en consonancia a unos valores y un acervo local compartidos; en definitiva, a dar rienda a nuestro instinto de pertenencia a una naturaleza social que nos es propia. Y puesto que no todos los individuos manifiestan esta necesidad de apego, algunos prefieren probar suerte en aquellos lugares a los que no pertenecen, hacer partícipes a sus consanguíneos y vivir una vida plena de intensa retroalimentación urbana. Y qué mejor sitio, en efecto, que las grandes ciudades. Por lo tanto, no existen densidades urbanas o ecosistémicas donde el hombre se encuentre así mismo por caminos más versados o correctos, sino modos diferentes de aproximarnos a nuestra realidad social en relación al entorno que se elige para configurarla. Se da, entiendo, una reversibilidad de las hipótesis. Si las ciudades seducen con sus valores de intangibilidad, no debe ser menos cierto que todas y cada una de las dimensiones espaciales y territorios los contienen. Descartando pues, la perspectiva sociobiológica, la socioeconomista, la etnourbana y estando de acuerdo en todo ello, ¿qué es lo que le da sentido y configura uno y otro impulso, el de permanencia y huida?, ¿y cuáles son estos intangibles fuera de las grandes densidades que se encuentran sublimados y debemos hacer emerger?.

4.- La visibilidad de los activos (in)tangibles.

En 1997, el politólogo social **Michael Woolcock**¹⁵⁷ admitió, como Harford, Glaeser o Gross alcanzaran a entenderlo posteriormente, que desde hacía décadas las ciudades y los regiones tecnológicamente más avanzadas suponían maravillosos soportes para la interrelación de redes sociales, entiéndase humanas o institucionales, pero siempre físicas, conectadas entre sí y en permanente intercambiando de conocimientos, recursos e información recíproca, directa o diferida. A este término tomado de **Hanyfan**¹⁵⁸, Woolcock lo llamó *capital social*. Un entorno o ecología humana dotada con una alta capacidad de conocimiento y comunicación recíproca para intercambiar información, bienes y servicios entre sí, de modo organizado, sostenido y permanente en el tiempo en base a la interacción de sus instituciones tanto de carácter público como privado, constituía una comunidad rica en capital social. Woolcock sostenía que entre los grupos de personas se establecían redes sociales bien por conveniencia de los capitales sociales, bien por su dominancia; pero redes, al fin y al cabo. Pues bien, parece ser que en este entorno de intereses y capitales, las grandes ciudades constituyen hoy su paradigma moderno. Sin embargo, la alta densidad poblacional de las grandes urbes y su complejidad urbana e institucional, ya incluso con anterioridad a las aportaciones de Woolcock, hacían de ellas y de sus agentes y ya desde tiempo atrás, una *megamáquina*¹⁵⁹, un megaordenador intelectual que daba origen, canalizaba y confrontaba un flujo de información y materia de modo intenso e interactiva entre los profesionales y las organizaciones. Dicho de otro modo: ¿viviendo en Silicon Valley, Manhattan, Frankfurt o Hong Kong,... quién necesitaba por entonces darse de alta en algo que posteriormente fuera “*Linked In*” o “*Android*” si almorzaban todos en la misma calle o en la misma planta?. Pero las distancias urbanas se acrecentaron con el desarrollo de las grandes ciudades que separaba a sus agentes de interacción al mismo tiempo que los avances en transportes eficientes convertían el mundo en una aldea.

La innovación tecnológica y el desarrollo de comunicación *on-line* se volvieron más perentorias, fueron más allá del comedor de empresa y ya no sólo consolidó a las ciudades como cofres del conocimiento, sino que “haciendo el resto” retroalimentó su proceso y peso de capitalización social. Las ideas ya no tendrían que esperarse a coincidir unas con otras en un determinado espacio o nodo de tiempo; ya no llegarían algunas a destiempo de emparejarse con otras ya olvidadas o superadas; o, peor, a tropezarse unas con otras en pos de un recurso consumiendo otros recursos. Ahora caminarían libres y ordenadas sobre un “entorno líquido”; se

¹⁵⁷ **Michel Woolcock** es catedrático de politología y desarrollo social y dirige el departamento de investigación y desarrollo de políticas públicas en el “*John F. Kennedy School of Government*” de la “Universidad de Harvard”, en Massachussets. Sus investigaciones se basan en el análisis de una secuenciación de métodos cuantitativos al objeto de estudiar el papel que representan las instituciones sociales relacionadas con su intermediación en conservación y sostenibilidad de los entornos sociales, entornos adscriptivos así como y la movilidad de los grupos marginados. Aglutina otros méritos credenciales emitidos por la “Universidad de Manchester” y la “Queensland Australian University of Technology”. Fue director fundador del “Instituto de Estudios Brooks sobre la Pobreza Mundial” y profesor titular de la “Brown University”, en la ciudad de Providence, en el estado de Rhode Island.

¹⁵⁸ **Lyda Judson Hanifan** (1879—1932, fue en primer teórico social en desarrollar el concepto definido de capital social.

¹⁵⁹ Mumford, Lewis, 1967.

cortejarían al paso, se alimentarían por fin unas de otras y de la libre asociación de cada una de ellas con sus semejantes dentro de un mismo entorno, nacerían del contagio los proyectos y las implementaciones en una capacidad combinatoria y en progresión geométrica cada vez mayor, disfrutando de la plasticidad para amoldarse entre ellas. Las ideas habían encontrado por fin su ecosistema, su hábitat de organización y diálogo tras milenios de evolución: la ciudad y el ciberespacio. El capital social urbano actuó entonces dimanado como un polo de atracción para el resto de capitales que andaban desperdigados y, al igual que “dinero llama a dinero”, “conocimiento llamaba a conocimiento”. El medio de cambio perdió parte de su naturaleza fiduciaria y pasó también por adquirir una naturaleza de intercambio cognoscitivo. Luego no cabía la menor duda: todos coincidían en que la ciudad era la mejor opción para cualquiera que tuviera dos dedos de frente y no quisiera acabar tirado o postergado.

Pero más allá de ello, lo que Woolcock concibió no fue tanto el soporte o contenedor como el concepto. Se desmarca anterior en el tiempo y ligeramente de ellos y a diferencia de Gleaser o Gross, en Woolcock se terminó por concluir que las ciudades no tendrían el predominio absoluto del capital social ni de los intangibles. Sólo tendría dentro del concepto absoluto un tipo definido de capital social, el suyo, el de cada ciudad, quizá éste más dinámico; el de cada región, quizás entonces éste más innovador; el de cada comarca o pueblo, quizá en su caso el que interesa o se adecua mejor a un conjunto mayoritario de individuos y su entorno; pero nunca el capital social se decantaría por ser patrimonio urbano o del desarrollo industrial. Defendió que todo espacio definido por una comunidad o conjunto de ellas (y que comparten emplazamiento) las cuales tienen por objeto el intercambio sostenido de recursos y técnicas entre sí como relaciones de información y solidaridad, son poseedoras de ese capital, de ese conocimiento y riqueza en un marco de sostenibilidad social. Luego toda comunidad independientemente de su tamaño o recursos es susceptible de su propio nodo de desarrollo en función de sus estrategias institucionales de relación. La emigración o la *huída local*, por tanto, no es más que en la mayoría de las ocasiones una respuesta sistémica que cristaliza la capacidad de un grupo de entenderse en mayor o menor medida con el propio entorno, sus recursos y sus gentes. Es un modo de evaluar su capital social optimizable. Una falta de diálogo entre el conjunto de los recursos y las instituciones puede invitar a la emigración de algunos de los componentes sociales que sostienen sus redes, pero no hasta el punto del “no retorno”; también del mismo modo puede sugerir el abandono de la inmigración de los mismos y su regreso si el capital social comparado con la región de acogida en perspectiva *no es suficiente capital social*. Todo combina un dinamismo histórico de ventajas e inconvenientes. Sólo la inmigración voluntaria o caprichosa podría responder a una necesidad de ambición pero no de sostenimiento, ni del entorno específico, ni de sus agentes. Si se dan en la comunidad emisora de emigrantes las “condiciones de retornalidad”, si su ecosistema de actividad primigenio aún puede sostenerlos en función del tipo de demanda a la que el individuo la somete, existe una alta probabilidad de regreso. Dependiendo de un determinado nivel de desarrollo, su capital social permitirá que la gente permanezca o regrese al lecho de sus redes sociales de origen

y el coste social (entendido este como el léxico común que incluye costes como el humano, el de oportunidades, de conocimientos, emocional, mecánico,...) quede reducido o se mitigue.

¿Pero es así de sencillo, algo tan fácil como coger la maleta y marcharse a casa?; ¿o tan taxativo como decir que otros modos de vida y valor añadido son posibles?; ¿no encierra ello algo de irracionalidad?. Parece ser que la respuesta parece encontrarse en **Francisco Javier Monago**, del grupo de investigación DELSOS de Desarrollo Local y Sostenible de la "Universidad de Extremadura". Su exposición es más concisa: va más allá de Woolcock y sostiene que el éxito de todo este galimatías reside en la confianza; la gente confía en que existen otras oportunidades dentro de su entorno local antes de sopesar marchar o regresar y restablecerse de nuevo en su entorno o bien cuando se incrementan sus relaciones de capital social a través de sus redes. El capital social, tanto permanente como retornado, no sólo refuerza las redes sociales y la sostenibilidad del entorno, sino que puede conducir a su consolidación y crecimiento. Pero dependerá, claro, de las condiciones de confianza de su hábitat, las que inviten a un desarrollo. El éxito reside en la confianza, pero sobre todo en la capacidad que tengan las redes sociales de imbricar a sus agentes en el tejido social. En este sentido, la cátedra de Desarrollo Rural del departamento de Sociología de la Universidad de Extremadura dirigida por el **Dr. José Antonio Pérez-Rubio** y el propio Monago llevaron a cabo recientemente una profunda investigación sobre cómo una serie de pequeños municipios comarcales del norte de Extremadura y algunas localidades portuguesas cimentaban las bases de su crecimiento sostenible sobre el tejido entrelazado de sus redes institucionales, sociales y, podríamos incluir, de fraternidad. Los resultados fueron sorprendentes: aquellas localidades con tendencia a relacionarse entre sí sobre la base de una mayor interacción relacionada con redes del intercambio comercial y sociabilidad vecinal o histórica mostraban un mayor y equilibrado progreso y potencial de desarrollo, particularmente entre ellas, que aquellas otras que no se sentían tan predispuesta a ello. Luego el valor etnosistémico y el capital social se demuestran como un activo de capital acumulativo, en muchas ocasiones un bien invisible o "dormido", y por ende representan una fuente de innovación y desarrollo no exclusiva de los grandes núcleos poblacionales o medios que actualmente la absorben.

De tal modo que si estamos de acuerdo en que las ciudades se valen de su aglutinado capital financiero, tecnológico y de oferta cultural para atraer al capital social y formar el rediseño del tejido de sus nuevas redes sociales, los medianos y pequeños municipios deberían aprender a atraer mediante su capital social las inversiones necesarias para su desarrollo sostenible y de calidad de vida. El fallo es que no se ha investigado esto o no se potencia, se está tan centrado en la idea del progreso económico asociado a la innovación y el crecimiento económico que descuidamos nuestros pequeños ecosistemas productivos y sostenibles, se olvida que el sostenimiento social y su diversidad, el progreso social en sí, es el mayor capital de crecimiento futuro. En conclusión, podríamos asegurar que los investigadores del DELSOS de la "Uex" lograron reforzar las hipótesis y teorías de investigación Woolcock desde el ámbito

geográfico de investigación de su propio *hinterland* dando a conocer a su comunidad y su administración la importancia y sensibilidad por la protección de las pequeñas densidades poblacionales. Pero a estas alturas se continuaba sin dar una respuesta convincente a todo el fenómeno.

5.- El coste intangible.

Aún en pleno siglo XXI existen personas que a pesar de su buena formación académica acompañada de una mentalidad claramente moderna, su juventud y su conocimiento de idiomas, deciden abandonar una oportunidad clara de progreso e innovación y regresar a un hábitat que le es tan propio y tan crítico como la difícil coyuntura económica española o de su país o región de origen. Pero, ¿por qué ocurre esto?, ¿por qué pasó lo mismo durante el decimonónico periodo de industrialización en Alemania e Inglaterra?; ¿o por qué la gente abandona hoy, sin desplazarse más lejos en el tiempo, ciudades como Moscú o Luanda o Johannesburgo?, ¿por qué abandonan las únicas vías de aprendizaje y acceso al mercado laboral en estos inestables países y regresan al medio agrario del que partieron?. Del lado de la otra vertiente, ¿a qué se debe el fenómeno *neorural* de naturaleza inmigratoria al campo en los países desarrollados?. Y, para mi particular experiencia, ¿qué explicación o misterio encierra para los trabajadores suecos o especialmente españoles en *amazon.de* este comportamiento de regreso espontáneo y prematuro a casa?. En definitiva: ¿qué empuja a la gente en los países desarrollados o en vías de desarrollo a dejar las ciudades y sus trabajos, retirarse a la tierra que vio nacer a sus padres, abuelos y dedicarse a los oficios salteados que brindan las localidades medias o “su parcela de labranza”?; ¿están comportándose como locos consigo mismos, mostrándose irresponsables con sus familias y la educación de sus hijos?; ¿o son temerarios con su patrimonio humano al dejar tras de sí los mejores hospitales, colegios y empresas?. Desde el punto de vista clásico racional, ya lo vimos con Harford, la respuesta es la que se han respondido ustedes mismos mentalmente. Y sin embargo, se sigue reproduciendo la pauta de retorno: siguen existiendo locos, irresponsables y temerarios. Por lo tanto debe haber algo de respuesta instintiva en que el hecho de que algunos decidan regresar, ya sea tarde o temprano, de nuevo a casa; la cuestión es qué les motiva a determinadas colectividades a regresar sus lugares de origen desde los centros de innovación y conocimiento.

Parece ser pues que la teoría desarrollada del capital social y sus redes nos sugiere que existe un universo de decisiones racionales “sumergidas” que no se contemplan como tales y sin embargo se asientan como reflexiones meditadas de coste/beneficios para sus individuos. De tal modo que, al no tener en cuenta el coste etnoadscriptivo, emocional y de capital social comparado como punto de partida para la adopción de una decisión racional, algo distintivo de la cultura occidental, no se percibe que existan personas que encuentran su punto de conocimiento en su acervo de origen, desarrollan para ello una “dependencia de su medio natural”. Dicho de otro modo: se es feliz y se aprende y se desarrolla conocimiento allí de donde se procede. Si existe un valor añadido sublatente en lo que tiene de coste múltiple y racional de oportunidad el hecho de

permanecer en las ciudades, como lo son el aprendizaje en innovación o la posibilidad de disfrutar de más opciones de ocio, por decir entre las multiplicidad de beneficios visibles, invisibles e intangibles que encierran, se debe contemplar para la consolidación de esta hipótesis lo inverso. Es decir la hipótesis debe ser capaz de revertirse, ha de concebirse bajo una capacidad de reflexividad: tiene que existir una ventaja racional competitiva en el caso de regresar de nuevo a casa, en el caso para otros de emigrar a zonas menos dinámicas a otros hábitats. Eso explica que el mundo, aunque se vea empujado a ello, no sufra de unas altas tasas de inframunicipalismo, que la inmigración hacia las ciudades y las regiones no sea masiva. Y, sin embargo, “la gente se mueve”, nos encaminamos ciertamente a ello.

Estas y algunas otras cuestiones asociadas a las pautas de comportamiento social de nuestro tiempo, como vimos renglones atrás, estuvieron sobrevolando la inquietud de algunos de los profesores de los diversos departamentos de Sociología, Economía y Desarrollo Sostenible de la Universidad de Extremadura (Uex) durante años. Y así fue hasta que por fin se logró consensuar una línea y programa macro de desarrollo en “I+D” con destino a investigaciones sociológicas encaminadas a encontrar los principios motivacionales que impulsaban a los grupos, comunidades o conglomerados poblacionales a poner en práctica recurrente pautas de geomovilidad o contramovilidad, bien fueran de retorno o de sostenibilidad¹⁶⁰. Para esta aproximación, los investigadores dejaron aparcadas las premisas psicologistas, economicistas y neuroambientales y se encaminaron a una línea de investigación neutra basada en una metodología tan clásica como la de “ir directo hacia la gente”. En este único sentido, en una de las etapas preliminares de la investigación macro se llevarían a cabo una serie de encuestas sobre las “percepciones simbólicas” sometidas a la concreción de la respuesta de sujetos insertos en la cultura predominantemente rural de las poblaciones de baja densidad (algo habitual en Extremadura y regiones de la meseta y del interior nacional), pero al tiempo con contacto y conocimiento continuo de los grandes núcleos urbanos de la región. Una particularidad del perfil de estos sujetos de estudio se caracterizaba por su temprana edad (el intervalo comprendido desde los 16 a los 26 años) y lo restringido de un universo determinado por estudiantes de enseñanzas medias y superiores en continuo contacto con los centros regionales de innovación y formación. Estas características comportaban además que, por ende, habían disfrutado y seguían participando tanto del conocimiento del medio de localidades de baja densidad poblacional como de las medias y, en algunos casos excepcionales, incluso de las superiores. De tal naturaleza que se les consideró, pues, en palabras de **Marcelo Sánchez-Oro**, uno de sus responsables, “unos informantes espacialmente cualificados para trasladar a los investigadores las ideas predominantes

¹⁶⁰ “Redes sociales intangibles en el desarrollo rural de Extremadura”, dirigido por José Antonio Rubio a través de un proyecto financiado durante el periodo 2003-2005 por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y llevado a cabo por el Departamento de Sociología de la “Uex”. A grandes rasgos, la investigación trataba de acceder a las opiniones y orientaciones normativas y profesionales de jóvenes que residen en el medio rural a fin de conocer la situación actual y las perspectivas de futuro de la población que aún vive en las zonas rurales de la región. Una síntesis más elaborada de la cuestión puede encontrarse en Sánchez-Oro, 2010, Dialnet.

en el mundo rural en relación a los de valores, visión del mundo y orientaciones de su futuro y de su medio”.

Los centros de estudios locales y el campus universitario resultaron ser así el perfecto laboratorio para tomar pulso a esta realidad icónica al objeto de investigación cualitativa y notas de campo. Las variables de la percepción simbólicas a los que fueron sometidos los alumnos de institutos de la áreas y poblaciones locales analizadas en relación a las mismas percepciones de sus “hermanos mayores” desplazados desde esas mismas localidades a los centros de innovación urbanos de enseñanza técnica o superior hacían referencia a la decantación dicotómica sobre concepciones etnoantropológicas tales como la “tranquilidad”, la “tradición”, la “religión”, la “jubilación”, la “libertad”, la “soledad”, la “solidaridad”, la “salud”, la “igualdad” en relación a su presencia en los escenarios “campo” y “ciudad”. Sobre este juicio compartido, se pudo esclarecer que una gran mayoría de percepciones simbólicas referidas a los conceptos detallados, la vertiente o valoración negativa recaía en el ámbito del medio urbano de conocimiento. Las ciudades de acogida parecían adquirir tonalidades más sombrías en opinión de los jóvenes en su experiencia a través de la transversalidad entre los medios; emergieron opiniones que en el tratamiento analítico de los datos mancomunaban la consideración de que la urbe se relacionaba para los encuestados con espacios donde se manifestaba más los aspectos negativos de la vida como la soledad o la intranquilidad; y para una parte importante de los entrevistados las tradiciones se relajaban en la ciudad, la solidaridad entre vecinos se difumina en el ajetreo diario y la salud física y mental se veían atosigadas. Únicamente en los ítems que se escurrían de las estructuras sociales clásicas de autoridad, tales como “la libertad” y “la igualdad”, se apreciaba una ligera ventaja de las ciudades sobre las zonas consideradas menos innovadoras.

Pero lo más curioso fue que los investigadores constaron que, a medida que se elevaba la edad, el grado de experiencia y permanencia urbana y el nivel de absorción del conocimiento adquiridos en ellas, los encuestados se mostraban más críticos con las percepciones simbólicas proyectadas de su propio medio de origen, al tiempo que de modo paralelo más condescendientes con los de los referentes a sus espacios urbanos de adopción. Las ciudades ya no manifestaban tanta soledad, la solidaridad sorprendía en zonas comunes y escaleras del bloque y las viviendas compartidas y la salud mental nunca mostró tanta vitalidad. Y el pueblo ya no parecía tanto aquella escena cargada de realismo mágico. El contacto con los centros de innovación como las grandes avenidas, sus actividades culturales y oferta de ocio y posibilidades de un futuro mejor gracias a su estancia en los campus universitarios relativizaban las percepciones simbólicas a uno y otro extremo de las autovías que les condujo de una densidad a otra suavizando de este modo la percepciones fuertemente dicotomizadas y tópicas de cada uno de los espacios. Cuando los investigadores de la “Uex” quisieron encontrar una lógica a esta correlación de variables a través de la evaluación de cuestionarios más avanzados, la misma población objeto de estudio reflejó su percepción sobre que las mayores posibilidades de integración y desarrollo laboral se encontraban “fuera” (por lo que de relevante tiene que siguen

considerando su medio de origen como "propio", correlativo de identidad espacial autóctona). Otra sorpresa fue cuando, siendo así, la población estudiada en un porcentaje cercano a la mitad, declaró que su máxima aspiración no obstante sería trasladar e invertir todo su conocimiento adquirido fuera en sus localidades tradicionales para ayudar a su desarrollo pleno de su innovación y progreso.

Por lo tanto, el equipo de investigación logró en parte lo que pretendía, mostrar a la sociedad la existencia y la realidad patente de los valores de las áreas rurales, la constatación de sus intangibles y el derecho a su preeminencia. El campo y las pequeñas densidades urbanas también existen y deben ser objeto patente de patrimonio, sostenibilidad y potenciación de sus redes y capitales sociales. Pero por otra parte, los investigadores abrieron los ojos antes la gran dificultad de que la defensa de los intangibles rurales, cada vez con mayor asiduidad, se desangra mediante la huída de sus principales actores valedores: la población sensible a su medio y sus capacidades de absorbidas de conocimiento e innovación.

Este estudio de la "Universidad de Extremadura" reforzó y ayudó a madurar el conjunto de hipótesis sociológicas que persigue la constatación de que en el seno de la naturaleza social humana se manifiestan en los individuos relaciones centrípetas y centrífugas de movilidad respecto a su medio de origen, en constante confrontación, entre los espacios de adscripción y los espacios de innovación de cada uno de nosotros. Pero está claro, que en gran parte de las ocasiones en esta lucha de los espacios por el género humano se impone en el ecosistema de producción global el principio de la subsistencia, tanto individual como global: da igual cuál sea el medio y los costes o beneficios intangibles que devengan de uno u otro lado o nuestras preferencias o desiderátums. En este sentido, aunque en el deseo de una gran parte de los jóvenes universitarios extremeños se manifestaba el hecho de querer permanecer en sus localidades de origen fortaleciendo con sus conocimientos profesionales y habilidades adquiridos en la urbe el fortalecimiento de las estructuras de redes sociales de sus municipios, pudiendo absorber la innovación a través de los medios que proporcionan las redes telemáticas e informacionales (formarse nunca se mostró tan accesible, prescindiendo del *movimiento cárnico*), la realidad es que muchos de ellos emigrarán a las ciudades para el convencido beneplácito de Gross y compañía: las grandes ciudades harán de ellos excelentes padres y profesionales. En palabras de **Steven Johnson**, *"la importancia reside en la permanencia y residencia dentro de entornos líquidos, hábitats donde las estructuras sociales y del conocimiento actúan interactiva y multidisciplinariamente. El secreto reside en el intercambio y la multidimensionalidad"*. Pero en muchos de los jóvenes extremeños estudiados palpitará el deseo interno de regresar a sus espacios adscriptivos algún día, de poder aportarles algo de sí mismos de su valor añadido como agente etnológico de su propio espacio natural. "La jubilación" en el campo se contempla agritudce: por una parte, según las encuestas, es lo que más anhelan los jóvenes; por otra, quizás no puedan anhelar de modo doloroso más que otra cosa a modo de retorno.

Tanto marcharse como regresar supone una lucha de coste de intangibles de uno y otro lado de la vertiente de la ecología urbana, que tiran, tensionan y torsionan al espectro social; y acaso un maleficio estructural para las áreas poblacionales de pequeña y muy pequeña densidad. Pero aún a pesar de todo, eso no es todo lo que le podría pasar, especialmente a las grandes ciudades: China retiene el desarrollo de chabolismo y propicia un crecimiento sostenible, de innovación no excesiva, en pos de conservar los campos y apego al medio y que sus ciudades no sean conglomerados de infraviviendas y chabolismos. Tampoco es todo lo que podía pasar para el medio agro en contraposición a otros ejemplos que nos brinda la realidad. Hoy en día, en los estados federados interiores y rurales de Méjico, la falta de formación y capacitación técnica de sus residentes ha conducido al agravamiento de la pobreza y esta con el paso del tiempo se lo ha pagado con creces a sus redes sociales con mayores carencias de formación: todos se han visto abocados a abandonar el interior del país, abandonando pueblos y tierras de camino a los estados periféricos. La falta de recursos de vida y conocimiento ha minado el capital social y sus redes diluidas y dispersadas vagan dispersas sin sentir una dependencia de su medio. Acaso ya ese medio ya no exista. Según la "Universidad Pedagógica Nacional de Méjico", la virulencia del abandono adscriptivo y residencial de las localidades centromejicanas y su movilidad de flujos de población centrífugos es consecuencia en parte importante a los altos niveles de deserción escolar. La investigación reveló que *"la movilidad poblacional de los estados del interior de Méjico se comporta contracíclicamente con respecto al nivel de conocimiento interno o el éxito escolar: cuando menor es la cualificación oficial de los estudios en México, mayor es la probabilidad de permanecer o recalar en las grandes capitales federadas"*. Esta exportación centrífuga de la pobreza cognitiva ha agravado las ya maltrechas redes sociales y de capital del D.F., de la costa del Caribe y del Pacífico. La sobrepoblación social y deficitaria en recursos del conocimiento esquilma los recursos sociales y de mercado laboral por desequilibrio ecosistémico al tiempo que debilita los lazos y redes sociales de solidaridad y confianza postergándolas a los de la supervivencia y el caos. Los costes intangibles se vuelven insostenibles y los entornos se vuelven pétreos. Así Méjico es una de las sociedades más violentas y regresivas del mundo.

Por lo tanto, otras conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo que no debemos olvidar es que las redes sociales interurbanas que enlazan a la capital con el campo sin solución de ruptura, han permitido que se establezca la simbiosis del movimiento cognitivo desde los centros del conocimiento a las zonas agropecuarias. Todo encierra un patrimonio conectado indisoluble con la cultura, el espacio y el tiempo dentro de un pacto no tácito y simbiótico. Las ciudades y grandes capitales han donado parte del conocimiento con alguna cláusula contractual de acuse de recibo al medio sostenido de poblaciones de menor densidad; ello permite que como contrapartida a esa tasa de retorno de capital y conocimiento que se queda en el agro y las localidades de tamaño medio, este le proporcione muchos de sus recursos humanos con la promesa de devolverles capacitados para la conservación de sus bienes tangibles e intangibles a algunos de sus hijos que manifiesten una dependencia de su entorno. La ciudad pretende

solidariamente alimentar esa dependencia. Existe, por tanto, un relativo componente residencial de cerebros con respecto a los que lamentan la "fuga de cerebros" del ámbito rural. Gracias a que la ciudad los cede, algunos encuentran nichos laborales de innovación en sus localidades pequeñas de adscripción, los campos se mantienen. Cuando no se da esa retroalimentación cognitiva, los campos perecen y los núcleos poblacionales no se alimentan de diversidad social y cultural.

De algún modo ha sido así y no ha sido así para las zonas de Extremadura. Existe un retorno social, aunque estrecho, de la inversión en capital humano hacia las áreas rurales que los centros devuelven formado aunque lo necesiten. Traspasan digamos, la membrana del coste intangible propio de las ciudades y posibilita que los espacios urbanos pequeños se "vuelvan líquidos", se reciclen de capital. Pero, por otra parte, aún necesitan "licuarse" más. *"Es muy importante la transmisión de los conocimientos y de los capitales sociales para "licuar" entornos, sostenerlos o crearlos. La diversidad no sólo sugiere y capacita sostenimiento, tolerancia y riqueza [...] muchas veces se piensa en innovación como algo tecnológico, pero también en pequeñas comunidades, ya sea de científicos o de personas, se da lugar a muchas innovaciones gracias a las aportaciones de su capital social"*. - no insiste Johnson, que destaca también la importancia de la ayuda que han tenido las redes sociales como componente de apoyo a relacionar a personas aparentemente heterogénea persiguiendo consciente o inconscientemente un objetivo común. El campo chino envía a sus hijos a las ciudades y el carácter urbano de sus tradiciones se han tornado viscosas, están en ese estado intermedio de la materia social que aún puede ser convertibles, deshilables. Mientras que para unas regiones de África o Latinoamérica parece ya irreversible, para los países desarrollados y vías de capitalización social el beneficio de los reconocimientos de los intangibles sociales y ecosistémicos siempre tenderán a estrechar su coste de oportunidad. Mientras tanto, disfrutemos de las percepciones simbólicas, tanto de las grandes ciudades, como de los pequeños núcleos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

ACEMOGLU, D.; ROBINSON, J.A.- *"Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza"*. Deusto Editores. Bilbao, 2012.

BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.C., y PASCORON, J.C.- *"El oficio de Sociólogo"*. Siglo XXI Editores Argentina. Buenos Aires, 2002.

BRYSON, B.- *"Una breve historia de casi todo"*. Círculo de Lectores. Barcelona, 2006.

CHENAIS, J.C.- *"La revancha del Tercer Mundo"*. Editorial Planeta. Barcelona, 1988.

DURAND, J.- *"Origen es destino. Redes sociales, desarrollo histórico y escenarios contemporáneos"*. Congreso Internacional de Antropología Social de México. Universidad de Guadalajara. 2005.

EDGERTON, D.- *"Innovación y tradición. Historia de la tecnología moderna"*. Editorial Crítica, 2006.

GEERTZ, C.- *"El antropólogo como autor"*. Paidós Editores. Barcelona, 1989.

GLAESER, E.- *"El triunfo de las ciudades"*. Colección: *"Taurus Pensamiento"*. Editorial Taurus. Barcelona, 2011.

GROSS, D.- *"The generations of Corning: the life and times of a Global Corporation"*. Amazon Kindle Edition. NY, 2001.

HARDFORD, T.- *"La lógica oculta de la vida"*. Editorial *"Temas de Hoy"*. Barcelona, 2007.

MASSEY, DOUGLAS S.- *"Word in Motion: understanding international migration at the end of the Millenium"*. Oxford University Press, USA (April, 2005). Amazon Kindle Edition.

MONAGO LOZANO, F.J.- *"Indicadores para el estudio de los aspectos perceptivos simbólicos del medio rural de Extremadura"*. Artículo de Investigación. *"Revista Extremeña de CC. Sociales Almenara"*. Nº 3. Cáceres, 2010.

- MORIN, E.-** *“El método: las ideas”*. Crítica Ediciones. Barcelona, 1999.
- MUMFORD, L.-** *“Técnica y Civilización”*. Colección *“Alianza Universidad”*. Alianza, 1998.
- PEÑA SÁNCHEZ, A.R.-** *“Teorías explicativas de las disparidades económicas espaciales. Teorías de la divergencia regional y de la causación circular acumulativa”*. Dialnet. Universidad de La Rioja, 2007.
- PÉREZ RUBIO, J.A. (Coord.)-** *“Los intangibles en el desarrollo rural”*. Universidad de Extremadura. Cáceres, 2007.
- SÁNCHEZ-ORO SÁNCHEZ, M.-** *“Indicadores para el estudio de los aspectos perceptivos simbólicos del medio rural de Extremadura”*. Artículo de Investigación. *“Revista Extremeña de CC. Sociales Almenara”*. Cáceres, 2010.
- SEGALEN, M.-** *“Antropología histórica de la familia”*. Editorial Taurus Barcelona, 1992.
- SENNETT, R.-** *“La cultura del nuevo capitalismo”*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2006.
- JOHNSON, S.-** *“Las buenas ideas. Una historia natural de la innovación”*. Turner Editores. Madrid, 2011.
- DORTIER, J.F. (Coord.)-** *“La gran historia del capitalismo”*. Editorial Globus. Madrid, 2011.
- WELLS, P.S.-** *“Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea”*. Editorial Labor. Barcelona, 1988.
- WOOLCOCK, M.; GACITUA, M.E.-** *“Social Exclusion and Mobility in Brazil”*. Amazon Kindle Edition, 1998.